

DETRÁS DE LA CÁMARA



Me decidí un día "hacer sábadu", traducción literal de una expresión catalana que significa poner orden en papeles, vestidos o recuerdos para quedarse lo útil o valioso y desechar lo inservible y caduco.

Encontré en cajones, largo tiempo cerrados, álbumes de fotos y viejos filmes caseros cada uno con la etiqueta de referencia. La protagonista era yo; el

cameraman, mi padre.

No pude resistir la tentación de proyectarlos. Me vi a mí misma celebrando mi primer cumpleaños, metiendo el dedo en la tarta y gateando por el patio. En otra cinta aparecía ya con cinco años montando en triciclo, muy orgullosa de mí misma, y de mi habilidad para moverme sin agarrarme al manillar.

En otra película aparecía ya aprendiendo a montar en bicicleta de dos ruedas. Vi mis tropiezos y caídas de principiante y más tarde cómo, ya experta, pedaleaba con orgullo, seguridad y firmeza, dominando el equilibrio y la velocidad. Victoria que sólo se adquiere tras caerse muchas veces.

Cuanto más observaba aquellas películas de familia, más pensaba en el protagonista invisible, mi padre, testigo confiado y gentil de mis arriesgadas aventuras: en bici, en el gimnasio, en el esquí acuático. Mi padre no perdió detalle ni de mis contratiempos ni de mis éxitos. Lo grababa todo: mi arrogancia al comenzar, mis temores, mis humillaciones... mis triunfos. Aquellas películas eran algo más que una antología de mis progresos o de la adquisición de nuevas habilidades. Mi padre no hablaba en la cinta muda pero su voz resonaba clara: él contemplaba el éxito de forma diferente a mí. Por poner un ejemplo, para mí el éxito consistía en llegar a la cumbre de la montaña; para él era eso, pero también los sudores y esfuerzos del ascenso. Para mí el éxito consistía en el premio; para él ya lo era la inevitable lucha que le precede. Mi cámara mental borraba fracasos y caídas como hojarasca inútil; la cámara de mi padre reflejaba el esfuerzo por conseguir algo difícil; para él ya era un éxito superar la fatiga, los fallos, la frustración, la vergüenza.

Desde que contemplé aquellas viejas películas intento ver mi vida de la misma forma que mi padre lo hacía. Y mi concepto de "triunfar en la vida" ha cambiado.

SAN BLAS

San Blas es santo popular en medio mundo. Obispo y mártir. Nació en Armenia en la segunda mitad del siglo III. Se ponderan sus virtudes por demás las usuales en todo santo cristiano y a las que todos debemos aspirar si buscamos, como Blas, la santidad: humildad, mansedumbre, paciencia, devoción, inocencia. Vacante el obispado de su ciudad, fue propuesto por voz unánime del clero y del pueblo para ocupar la sede. Terribles eran entonces las circunstancias. La persecución desencadenada por el emperador romano Diocleciano a principios del siglo IV y continuada por sus sucesores se ensañó particularmente en la comunidad cristiana armenia. De allí son ilustres mártires de la época. San Blas refugiado en una gruta, hizo vida de ermitaño. Detenido, sufrió el martirio sin una sola queja: garroteado suspendido de un madero, desgarraron sus carnes. Finalmente fue decapitado. Es abogado en las enfermedades de garganta.

Ya habiten en un rascacielos o vivan en chozas, la viejecita y el niño formados por un buen catecismo saben que «el hombre ha sido creado para conocer, amar y servir a Dios y por este medio conseguir la vida eterna». Acerca del sentido de la historia, el niño de la catequesis y su anciana abuela saben más que los hombres, por cultos que sean, formados fuera de la fe cristiana, sean diplomáticos, ministros, filósofos, premios Nobel o miembros de cualquier academia.

AMAR CON OBRAS

Siempre se corre el riesgo de entender el amor como un sentimiento. Jesús nos puso en guardia ante este riesgo, cuando nos dijo "No el que dice Señor, Señor, sino el que hace la voluntad de mi Padre, ese me ama". La espiritualidad cae en el espiritualismo si no se ve acompañada de las buenas obras. La oración es imprescindible para las motivaciones, pero si las motivaciones no se traducen en acciones no sirven de nada. Por la fe -alimentada y expresada en la oración- somos católicos. Por la caridad -demostrada con obras- somos buenos católicos. De ahí la importancia del esfuerzo por aplicar a nuestra vida cotidiana las enseñanzas del Evangelio. Sin esta "dirección espiritual" constante, con mucha facilidad nos convertimos en teóricos de la caridad, en personas que quizá tengan las ideas muy claras y una excelente formación, pero cuya vida no es coherente con esas ideas. Al final, esas personas se convierten, con su mal ejemplo, en los enemigos de lo que predicán y en no pocos casos terminan por cambiar hasta de pensamiento, pues se suele cumplir aquello de "si no vives como piensas, terminarás por pensar como vives".

Santiago Martín

No seas de los que creen que los pensamientos son «neutrales».

Entran y salen, pero siempre dejan algo. Andas con ellos, como andas con las personas. Serás lo que sean tus pensamientos y tus amigos. Ya lo dice el refrán:

*Dime con quién andas
y te diré quién eres*

VIENDO LO QUE LA IGLESIA VE

Nuestro propósito no es centrar la atención sobre la voluntad, sino atender fundamentalmente a los problemas del entendimiento. No se trata de resolver una cuestión de santidad sino de sensatez. Diferencia harto frecuentemente olvidada en la práctica de la religión.

El alma tiene dos facultades que deberían distinguirse con claridad: la voluntad cuya operación es amar y, por tanto, elegir, decidir, actuar; y la inteligencia cuya operación es conocer, entender, ver. ¿Ver qué? La realidad.

He dicho que me preocupa más el entendimiento que la voluntad y no porque el entendimiento tenga más importancia en religión que la voluntad, sino porque tiene verdadera importancia y se tiende a descuidarla olvidando que el descuido es malo. Me doy perfecta cuenta de que la salvación depende directamente de la voluntad. Nos salvamos o condenamos según lo que amamos. Si amamos a Dios llegaremos finalmente a Dios y nos salvaremos. Si nos amamos a nosotros mismos, con preferencia a Dios, nos alcanzaremos a nosotros mismos, separados de Dios, y nos condenaremos. Aunque es cierto que en orden a nuestra relación con Dios el entendimiento no tiene tanta importancia como la voluntad (y de hecho, ésta condiciona el sano juicio de aquél), sin embargo, resulta innegable que su importancia es muy grande y, como ya hemos dicho, lo descuidamos demasiado, en perjuicio, a fin de cuentas, de la misma voluntad, puesto que no podemos alcanzar un máximo amor de Dios con sólo un mínimo conocimiento de Dios.

Para que el alma pueda obrar plenamente, necesitamos una inteligencia católica no menos que una voluntad católica. Buena prueba de una voluntad católica es hacer lo que la Iglesia dice. Para tener, además, una inteligencia católica debemos asimismo ver como ve la Iglesia. Esto significa que cuando contemplemos el universo hemos de ver el mismo universo que ve la Iglesia, y la enorme ventaja de esto es que el universo que ve la Iglesia es el universo real, puesto que ella es la Iglesia de Dios. Ver lo que ve la Iglesia significa ver la realidad. Y de la misma manera que amar el bien es santidad, es decir, salud de la voluntad, de la misma manera ver la realidad es sensatez o salud del entendimiento.

No me digas que no tienes tiempo ni para leer, ni para meditar, aunque sea cinco minutos cada día. No tienes tiempo porque no das importancia ni a la lectura ni a la meditación. Si pensaras que entre todos tus negocios hay «el» negocio; si pensaras que entre todo lo del mundo lo primero eres tú mismo, ' procederías de otra manera



CUANDO NOS SENTIMOS AMENAZADOS

Experimentar al prójimo como un competidor o como una amenaza es una reacción bastante común. Cuando creo poco en mi propio valor, deseo afirmarme. Necesito demostrar a los demás y a mí mismo que, a pesar de todo, tengo valor. Con bastante frecuencia, esta tendencia competitiva nos hace ver a los demás como rivales. Lo cual conduce, en ocasiones, a una situación trágica: cuando se alaba a alguien en mi presencia, debido a la pobre opinión que tengo de mí mismo, me siento atacado. De hecho, no hay motivos para tal reacción, pero yo deformedo la realidad haciendo una constante comparación conmigo mismo y llevándolo todo a esa esfera de la rivalidad.

Por poner otro ejemplo: un joven que, en un momento dado, haya sufrido por verse rechazado, tiende a generalizar esta experiencia. Primero le parece que nadie le presta atención, y luego llega a la conclusión de que él no vale la pena. En consecuencia, ya no capta los signos (perfectamente reales) de afecto que le son prodigados, porque su versión negativa lo «filtra» todo. Y cuando, a la larga, los demás le den menos muestras de cordialidad, su «profecía» se habrá realizado por sí misma.

Habitualmente, la antipatía no significa que uno se ame demasiado a sí mismo, sino, más bien, que no se ama lo suficiente. Por no soportarme realmente a mí mismo es por lo que no puedo soportar al otro. Cuando no me amo yo a mí mismo, difícilmente puedo esperar ser amado por otros; tendré tendencia a considerarme fundamentalmente incapaz de ser amado. Todo lo cual me hace suspicaz y, tal vez, hasta agresivo; me pone a la defensiva. No puedo permitirme afrontar, ni siquiera admitir, mis propios fallos. Lo negativo en mí queda reprimido, porque no reconozco suficientemente lo bueno que hay en mí. En las dos dimensiones, la idea que yo tengo de mí mismo no es lo bastante realista. Esta actitud tensa y a la defensiva difícilmente me permitirá un crecimiento sano y una plena realización.

Un señor me vino a pedir remedio a su «gran desdicha»: «la de tener una esposa con un defecto que la hacía antipática». Ese defecto era temperamental, sin casi responsabilidad en ella. Le supliqué que volviese a los dos días y entretanto pensase y escribiese las buenas cualidades de su señora. Al volver me dio las gracias. Había comprendido que tenía un diamante precioso con veinte facetas brillantes y con sólo una empañada.

(Narciso de Irala)